

Hugo Washington Cowes *In Memoriam*

Los miembros del Consejo Científico del Centro de Teoría y Crítica literarias y el Equipo de Producción editorial de *Orbis Tertius*, decidimos, como humilde gesto de reconocimiento, dedicar este número de la revista a quien fuera su Director. Fallecido el 22 de agosto último, nos deja a todos los que junto a él trabajamos la responsabilidad de continuar su tarea con el mismo empeño e inteligencia; nos deja a todos compromisos y enseñanzas.

Difícil es, en esta breve nota en su memoria, sin acudir a lugares comunes, sin cometer omisiones, poder adoptar un tono y elegir palabras para resumir su trayectoria académica, trazar su perfil o explicar su entrega a la Universidad de La Plata. Era esa clase de persona que exigiría el titanismo de un Funes o esas enumeraciones caóticas, reveladoras de contradicciones, que tanto le gustaban.

Hugo Cowes desarrolló una extensa y prestigiosa carrera como docente e investigador. Fue Profesor Asociado de Introducción a la Literatura, Profesor Asociado del Departamento de Lenguas y Literatura Modernas, Profesor Titular con dedicación exclusiva del Instituto de Filología y Secretario Académico, en la facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Con la intervención militar, durante el gobierno de Onganía, dejó el país y continuó enseñando en Estados Unidos. Durante casi diez años fue Profesor Titular del Departamento de Literatura Española y Miembro del Departamento de Postrado de la Universidad de Illinois. De regreso a la Argentina, a fines de los setenta, es invitado a colaborar en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Comahue, donde fue Profesor Titular de Teoría literaria, Profesor Titular de Literatura Moderna y Contemporánea, y también Decano Normalizador. Llegó a La Plata en 1986, cuando era decano de esta Facultad el doctor José Panettieri, a quien siempre recordaba con afecto por haberle brindado la posibilidad de continuar trabajando. Aquí se desempeñó como Profesor Titular de Teoría Literaria I y II y como Director del Centro de Teoría y Crítica literarias. Su competencia y generosidad fueron vitales para el desarrollo y reorganización del Departamento de Letras, después de los años de la dictadura: dirigió tesis doctorales, grupos de investigación, becarios y licenciandos; organizó diferentes eventos académicos e invitó a numerosos investigadores y escritores del país y del extranjero.

Habiéndose formado con Pedro Henríquez Ureña en la estilística; estimulado por el diálogo con José Luis Romero, logró, con constantes y diversas lecturas de las más variadas líneas y áreas, elaborar una concepción propia sobre literatura y una interpretación sobre lírica moderna. Tenía ideas; que podían discutirse, pero tenía ideas. Y algunas obsesiones: cómo pensar el hiato entre escritura y realidad; cómo éste se afirma y sutura; cómo logra efectividad. De ahí la continua relación entre literatura, historia, filosofía, o la insistente pregunta por la referencia y el referente en sus clases y en sus trabajos. Heidegger, Ricoeur, Adorno, Foucault, eran constantes que con destreza vinculaba para tender puentes entre las palabras y las cosas. Tenía también pasiones que por su talento y seducción pasaron a ser parte, en sus personales lecturas, de las nuestras: Cervantes, San Juan de la Cruz, Baudelaire, Salinas, —sobre cuyo teatro había escrito su tesis doctoral—, Borges. Pero era capaz de leer todo; lo nuevo y lo viejo, lo que se le recomendaba, veía en las librerías de Corrientes, encontraba por azar en la desordenada biblioteca de su casa, o le acercaba un alumno de primer año de la carrera. Por eso podía establecer vínculos inusitados y a la vez rigurosos, abrir interrogantes, suscitar discusiones, ayudar a pensar. No salía uno indemne de sus clases o de las charlas en los cafés. Era esa clase de persona que en algo nos cambia, que con la contundencia de sus afirmaciones nos obliga a una redefinición.

Creyó en la literatura más que en cualquier otro discurso; hizo de ella una fe. Y aunque sabía de sus deficiencias y parálisis, estaba convencido de que en esas palabras particulares se gestaba algo. Por eso conmovía.

Una cosa era leerlo y otra escucharlo, a pesar de que a veces escribía como

hablaba. Los que sólo lo leyeron, reconocieron en sus trabajos sobre Salinas, la voz más legítima, la más acertada y profunda lectura.

Los que lo conocimos y escuchamos, fuimos alumnos, colegas o amigos en la Universidad de La Plata, sabemos otras cosas de Cowes. Sabemos también de una ética docente, de su responsabilidad y humildad. De la libertad con la que permitía crecer a sus colaboradores; del respeto y la cordialidad con sus alumnos que tanto lo admiraban; de las ganas y de la alegría con las que venía a esta Facultad.

Todos los académicos en algo nos parecemos. En un punto, de todos casi podría decirse lo mismo. Para eso está su importantísimo curriculum; lo que escribió sólo sobre los escritores que eran para él más que el cuerpo muerto de la letra —en eso fue también honesto. Pero no todos pueden imponerse en el recuerdo con adarga y lanza en astillero; no todos inscriben la traza de un caballero andante, ni con códigos prepotentes y utópicos vienen a instalar mundos que nos trastornan, comprometen y llevan a modificar conductas.